

granaderos sajones, «que ocupaba el ángulo,» se retiraba con el mayor orden, con paso medurado y tambor batiente. Cada vez que veía al enemigo demasiado cerca formaba el cuadro, y ni las repetidas cargas de la caballería francesa ni los proyectiles de los tiradores pudieron quebrantar el valor de aquella gente. Apenas este batallón respiraba un momento, después de rechazado el enemigo, volvía á ponerse en marcha al son de la música, como si estuviera haciendo el ejercicio, y cuando los franceses avanzaban de nuevo, un redoble de tambor bastaba para que se apercibiese otra vez á la lucha.»

A las dos presentóse en Capellendorf el general Ruchel con su contingente é hizo frente al enemigo «con admirable desprecio de la muerte.» También fué Marwitz de esto testigo. «El regimiento Antiguo Larisch, que iba al frente, se lanzó con verdadera impaciencia contra las baterías: sus filas fueron terriblemente diezmadas, la mayor parte de sus oficiales cayeron, y su mismo jefe, el coronel Walther de Krongek, fué mortalmente herido. El regimiento, al verse sin jefe, primero estuvo indeciso, luego vaciló y por fin retrocedió tan deprisa como había avanzado.» En aquel momento, Ruchel fué herido en el pecho por un casco de metralla, y habiendo perdido el habla apenas pudo murmurar al oído de sus ayudantes sus órdenes para la retirada, cuya necesidad hubo él mismo de comprender. La extinción de su voz de trueno fué una desgracia de gran trascendencia.

El estado de ánimo en que el príncipe de Hohenlohe llegó á Weimar con los restos de su ejército derrotado y disuelto lo califica Marwitz de «imbecilidad,» y que esto no es una exageración se comprenderá con solo leer que el referido príncipe, atacado por un pelotón de cazadores de á caballo completamente ébrios, no sintiéndose capaz de moverse ni de tomar resolución alguna, dejó que sus ayudantes levantaran su caballo y le montaran en él después de recogerle del suelo, á donde le había derribado un cañon, salvándose de esta suerte del peligro á que de lo contrario se habría visto expuesto.

En aquella misma hora la fatalidad se había desencadenado sobre el grueso del ejército en Auerstadt, pero con la gran diferencia de que así como en Jena 50,000 prusianos y sajones fueron arrollados por 100,000 franceses, en Auerstadt los prusianos contaban con fuerzas superiores y se dejaron derrotar por las inferiores francesas.

En la madrugada del 14 de octubre salió el duque con el grueso del ejército de Auerstadt, dirigiéndose por Hassenhausen hacia el Unstrut, con el intento de pasar este río por Freiburg y Laucha (1). Sus fuerzas se elevaban á 35,000 hombres (2), entre los cuales figuraban las tropas escogidas del ejército prusiano, los guardias, cuyo afán de luchar era tan notorio como la excelencia de su organización. Además disponía de doce regimientos de una caballería que era entonces la más famosa de Europa. La vanguardia, recién formada, de este ejército, que se componía de la caballería de las divisiones Arnim y Schmettau, estaba mandada por el general Blücher, procedente del ejército de Ruchel. Al llegar á la aldea de Poppel encontróse Blücher con algunos destacamentos de caballería enemiga, que fueron rechazados y perseguidos hasta que desaparecieron entre la niebla. La división de Schmettau fué recibida en Hassenhausen por un fuego granado, dirigido contra su derecha, y al propio tiempo Blücher, que avanzaba por la izquierda, vió que una línea nebulosa, que él había tomado por un soto, era en realidad una línea de infantería enemiga que se extendía á cincuenta

pasos de distancia. El ejército del mariscal Davout se había adelantado, pasando por Kosen, á los prusianos y colocándose como una barra transversal en el camino por donde tenían que pasar al dirigirse hacia Unstrut. Pero éste no era más que un ejército; el otro, mandado por el mariscal Bernadotte, no obedeció la orden del emperador de apoyar á Davout, sino que se quedó en Dornburg. En la encarnizada lucha que por espacio de algunas horas se trabó en las mediaciones de Hassenhausen, después de haber ocupado esta aldea los franceses con sus baterías, desarrollóse lo que la historia ha denominado batalla de Auerstadt. Blücher dió el primer ataque contra la aldea, con una parte de su caballería, y fué rechazado con grandes pérdidas; la división de Schmettau, unida á la de Wartensleben, que acababa de llegar, dió el segundo ataque, siendo también ambas rechazadas y destrozadas por un fuego terrible. El general Schmettau fué muerto; el duque de Brunswick salió herido por un proyectil que le había atravesado los dos ojos, y como el rey no había llegado, quedaba el ejército sin general en jefe, cuando entró en lucha la reserva de Davout. La división Morand entró en combate, mientras que la reserva prusiana, mandada por Kalckreuth y compuesta de 18,000 hombres, permanecía inmóvil en las alturas de Eckartsberga, presenciando impasible la lucha que á sus pies se estaba sosteniendo. El ala derecha de los prusianos había sido ya arrollada, cuando todavía la izquierda, á las órdenes del coronel Scharnhorst, seguía luchando infatigable; pero la rápida retirada de aquella ala le obligó al fin á abandonar la lucha. Scharnhorst fué uno de los últimos en retirarse del campo de batalla, y hasta entonces, cuando estaba ya casi exánime, no se dejó vendar la herida que al comenzar la acción había recibido (3).

El rey, sin sospechar nada de lo que en Jena había ocurrido, dió orden de emprender la retirada á Weimar, donde quería deliberar con Hohenlohe y con Ruchel acerca de lo que procedía hacer. Pero los vencedores de Jena le cortaron por allí el camino, y entonces mandó que se tomara el de Sommerda y de Nordhausen. En Sonderhausen se encontró con el príncipe Hohenlohe, á quien hizo entrega el 16 de octubre del mando supremo del ejército; y como el príncipe seguía teniendo una confianza ciega en Massenbach, este nombramiento decidió de la suerte del ejército, aceleró su ruina y entregó la monarquía indefensa al enemigo.

Napoleón, desde su cuartel general de Jena, siguió lanzando, cual otro Júpiter tonante, rayo tras rayo. En 15 de octubre dió al gran ejército un boletín que comenzaba con estas palabras: «La batalla de Jena ha lavado la afrenta de Rossbach y decidido en siete días una campaña que ha enfriado aquel ardor guerrero calenturiento que se había apoderado de las cabezas prusianas (4).» En aquel mismo día publicó un decreto en que decía: «Teniendo en cuenta que el resultado de la batalla de ayer es la conquista de todos los territorios de este lado del Vístula pertenecientes al rey de Prusia, ordenamos lo que sigue,» y aquí continuaba una serie de 19 indemnizaciones de guerra, que ascendían en junto á 159.425,000 francos, de los cuales correspondían: 25.375,000 al electorado de Sajonia; 2.200,000 á Sajonia-Weimar; 5.625,000 á Brunswick-Wolfenbüttel; 1.300,000 á los príncipes de Nassau-Orange-Fulda; 6.000,000 al electorado de Hesse; 400,000 á la ciudad de Erfurt y al condado de Blankenhayn; 675,000 al condado de Eichsfeld; 200,000 á la ciudad de Goslar; 525,000 al principado de Halberstadt; 100,000 á Hildesheim; 225,000 á Paderborn; 100,000 á

(1) Hopfner, tomo I, pág. 426.

(2) Lehmann: *Scharnhorst*, tomo I, pág. 733.

(3) Lehmann: *Scharnhorst*, tomo I, pág. 441.

(4) *Corresp.*, XIII, pág. 353.

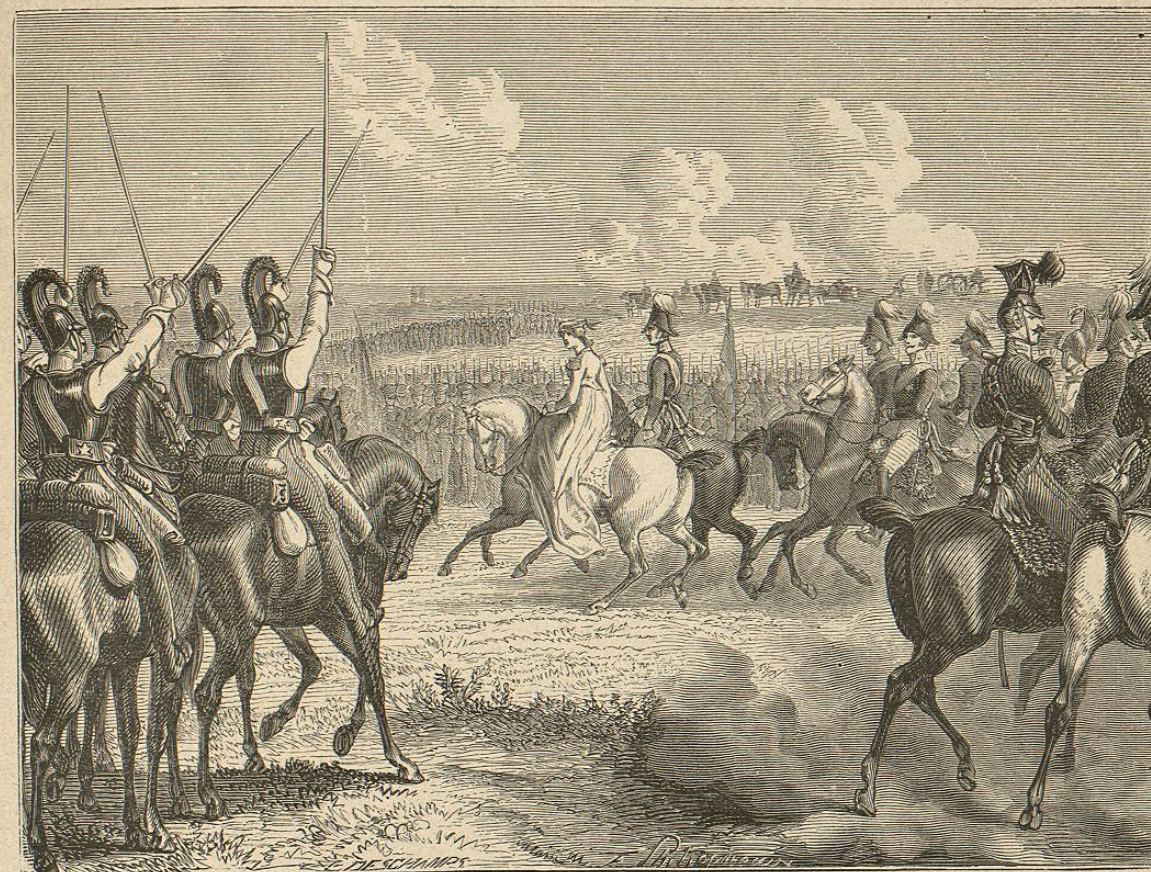


Murat Berthier Napoleon  
Napoleón en la batalla de Jena (copia del cuadro de Horacio Vernet)



Tecklenburg y Lingen; 2.000.000 al condado de la Marche; 600.000 á los principados de Minden y Ravensberg; 2.500.000 al margraviato de Baireuth; 100.000.000 á los Estados prusianos de aquende el Vistula (de los cuales correspondian 10.000.000 á Berlin), y 9.100.000 á Hannover (1). El día 16 hizo saber desde Weimar que sus correos habian visto á la reina de Prusia, la cual estaba desesperada y presa de incesante miedo. «El día antes de la batalla habia pasado revista á su regimiento, instigando al rey y á los generales: queria sangre. La preciosa sangre se ha derramado: los mas ilustres generales han recibido los primeros golpes (2).» Desde Halle escribió en 20 de octubre al rey de Wurtemberg: «El ejército prusiano ha cesado de existir:

de 160.000 hombres han sucumbido mas de 100.000; cañones, carros, municiones, almacenes, todo ha sido aprehendido. Me he apoderado de 40.000 prisioneros, de 400 cañones, de 1.200 carros y de 60 á 80 banderas: las tres cuartas partes de los generales han perecido ó sido hechos prisioneros (3).» En 23 de octubre ordenó desde Hittenberg la toma de posesion de todos los Estados prusianos comprendidos entre el Rhin y el Elba, es decir, Brunswick, Fulda, Hannover, Osnabruck y la Frisia oriental (4); en aquel mismo día mandó al mariscal Mortier que se posesionara de los territorios del elector de Hesse, y el día 24 se encontraba en Potsdam, desde donde hizo saber, el 26, que habia visto el sepulcro de Federico el Grande. «Los restos de este gran-



La reina de Prusia aclamada por las tropas

de hombre, decia, se encuentran encerrados en un sarcófago de madera forrado de cobre y están depositados en una cripta sin adornos, sin trofeos, sin distintivo alguno que recuerde heroicas hazañas. El emperador ha regalado al hotel de Inválidos, de Paris, la espada de Federico, su cordon del águila negra, su faja de general y las banderas que llevó su guardia durante la guerra de los siete años (5).» El día 27 de octubre el emperador, rodeado de sus mariscales, hizo de una manera espléndida su entrada triunfal en Berlin, que por espacio de una semana fué su residencia y la de su gobierno.

Entretanto habíase completado la ruina del ejército prusiano. Una doble derrota en el campo de batalla, como habia ocurrido en Jena y en Auerstadt, era una catástrofe tremenda. El hecho de deponer las armas sin luchar y el ejem-

plo dado por el general en jefe al frente del resto de las fuerzas influyeron como si hubieran sido una orden emanada de la superioridad, para que todos se sometieran al yugo con los ojos cerrados y baja la cabeza. Hohenlohe, despues de una desesperada marcha semicircular por Nordhausen, Magdeburgo, donde pasó el Elba, Burg, Genthin, Rathenow, Neustadt y Neu-Ruppin, llegó el 28 de octubre á Prenzlau, y una vez allí, y á la vista de la fuerte Stettin y del Oder que la protegía, depuso las armas con sus 10.000 hombres ante la caballería de Murat, á consecuencia de haber éste asegurado bajo palabra de honor al coronel Massenbach que los prusianos estaban rodeados por 100.000 hombres y de haber el coronel afirmado que los habia visto (6). Murat, con estos mismos cien mil hombres no vistos por nadie, infundió al día siguiente tal miedo al gobernador de la formidable fortaleza de Stettin, el general Romberg, que contaba 81 años, que éste, excitado por el ministro Ingersleben, que hablaba sin autorizacion alguna, entregó la fortaleza con toda su guarnicion, artillería y

(1) *Corresp.*, XIII, pág. 359.

(2) *Corresp.*, XIII, pág. 363.

(3) *Corresp.*, XIII, pág. 376.

(4) *Corresp.*, XIII, págs. 385-386.

(5) *Corresp.*, XIII, pág. 420.

(6) Marwitz, tomo II, pág. 53. Hopfner, tomo II, pág. 195.



los sobrantes de las municiones y provisiones, á los 800 jinetes de Murat, que con dos cañones se habían presentado delante de las puertas de la plaza. «Los húsares de V. M., — escribía Murat al emperador, — tomarán posesion de las puertas de la ciudad (1).» De una manera análoga rindieron, en 1.º de noviembre, el coronel Ingersleben la fortaleza de Kustrin y en 8 del propio mes el general Kleist la plaza de Magdeburgo, que se consideraba como el baluarte de la monarquía. El día antes, es decir, el 7, en Ratkau, junto á Lubeck, el general Blucher con 7,500 hombres, habiéndosele acabado el pan y las municiones, capituló despues de sangrienta lucha en las calles de esta ciudad, durante la cual fué hecho prisionero Scharnhorst; Blucher consignó en su parte oficial los motivos de su capitulacion.

Con tales capitulaciones, á las que habia que agregar las de Pasewalk y Anklam, consumóse la obra de destruccion comenzada en 14 de octubre, no siendo de censurar el patriota que creía que esta monarquía, un tiempo soberbia, estaba muerta y enterrada y sin esperanzas de volver á nueva vida.

Este patriota era J. Guillermo de Archenholz, que habia nacido en 1743 en las cercanías de Dantzig, entonces todavía polaca, habia entrado siendo niño en el ejército prusiano únicamente por el entusiasmo que le inspiraba Federico el Grande, y despues describió en el mismo sentido en que él la habia hecho la guerra de los siete años, cuya descripcion publicó, en la época de que hablamos, en su diario político-histórico *Minerva*, con el título de «Meditaciones de un alemán junto al sepulcro de la monarquía prusiana (1).»

De este trabajo, suscrito en Hamburgo en 15 de noviembre de 1806, tomamos dos párrafos, que reflejan fielmente la opinion pública de aquellos días. «El siglo décimotavo vió en el horizonte político un meteoro, no anotado todavía en la historia, á saber: un gran Estado que, formado por muchos pequeños é insignificantes países, creció rápidamente, á pesar de los obstáculos que á su desenvolvimiento oponian la naturaleza y la época, algunas de cuyas instituciones eran admirables y muchas de cuyas ramas legislativas podian servir de modelo: el destino reservado á este Estado era comenzar con el siglo y acabar con él. Esta magnificencia, que durante los últimos veinte años disminuyó en el interior lentamente y de un modo casi invisible, aunque no tanto que no pudiera percibirlo un observador profundo, ha desaparecido ahora y para siempre como al contacto de una varita mágica. Desde el mes de octubre de 1806, la monarquía prusiana, tan venerada durante largo tiempo, admirada en una época ilustrada en que se examinaban bien las cosas y no se formulaban precipitadamente las alabanzas y entonces engrandecida por un grande hombre, solo existe en la historia como fenómeno histórico. Una sola guerra, emprendida con tanta precipitacion é irreflexion tanta, y en la cual ¡parece increíble! no se calculó nada, absolutamente nada, ni se tomaron las precauciones mas rudimentarias; una guerra durante la cual reinó el mayor desórden en todo cuanto á los asuntos militares se referia, y para la cual se forjaba la imaginacion lejanos auxilios, fué bastante para consumir la ruina completa de una gran monarquía militar. ¿Qué digo, una guerra? ¡No, ninguna guerra! El mundo solo vió algunas escenas guerreras que se representaron en el corto espacio de un solo mes. — De suerte que no sé presencié la decadencia de un Estado, ni la conmocion de sus cimientos, ni su disolucion próxima y amenazadora. ¡No! Aquí no se vieron estas cosas tan comunes. La monarquía prusiana desapareció de la tierra

(1) Hopfner, tomo II, pág. 218.

(2) *Minerva*, tomo IV, págs. 377-396.

de repente, como una sombra, y con ella la independendencia alemana, que se habia conservado desde los bosques de encinas de los germanos y al través de todos los siglos hasta nuestros días; la gloria nacional de los alemanes, es decir, el modelo de una sabia legislacion; un Estado, en fin, al cual las mismas naciones remotas debian la tolerancia, la supresion del tormento, muchas leyes excelentes inspiradas en la naturaleza humana, y una razonable libertad de pensamiento. Con la monarquía prusiana desapareció además para siempre del mundo el baluarte de la religion protestante, el hogar de la civilizacion alemana, alimentado, no con dinero, sino con santa llama, y el centro de las ciencias y de las artes en Alemania. ¡Quieran los dioses que á esta lista de tristezas no venga á agregarse algo de lo que casi siempre es inseparable de la suerte de una nacion subyugada, la desgracia mas espantosa, mas duradera, mas lamentable de todas: la ruina del idioma alemán, que tan excelente desenvolvimiento ha tenido.»

La artística creacion de este Estado solo habia vivido, al parecer, por la fe que se tenia en lo invencible de su ejército: cuando éste quedó destruido, cual si un solo golpe hubiese muerto su cuerpo y su alma, extinguióse tambien la fe en el Estado. Nadie pensaba en la suma de fuerzas que la desdicha haria nacer en el interior del pueblo prusiano, y menos que otro pensaba en ella el tirano, que precisamente entonces estaba colocando la palanca para hacer saltar hecha á pedazos, por medio de los polacos, la mitad oriental de la monarquía.

En 12 de noviembre escribía Napoleon desde Berlin: «Toda la monarquía prusiana está en mi poder. En Varsovia se ha organizado un comité revolucionario que hará sublevarse á toda la Polonia (3).» Al siguiente día envió á Cambaceres un folleto en el cual se pintaban la iniquidad de la desmembracion de Polonia y la influencia de este acto en la degradacion de Suecia y de Turquía, y en su consecuencia en todo el equilibrio europeo. Este folleto debia ser impreso dentro de ocho días y llevar por título: «Manuscrito encontrado en el gabinete del rey de Prusia, en Berlin (4).»

El mariscal Davout, al llegar á Posen, debia auxiliar con dinero y armas al general polaco Dombrowski, que allí se encontraba. En 13 de noviembre escribióle Napoleon: «En cuanto hayais introducido en Posen vuestros 3,000 fusiles, entregádselos al general Dombrowski y decidle que puede reclutar seis batallones de jóvenes, escogiendo los oficiales de entre los notables del país y de entre aquellos que han servido en la legion polaca.» Además debia esperar 40,000 fusiles, procedentes de Kustrin, y marchar á Varsovia, luego que en esta ciudad estallara la sedicion, organizando en ella guardias nacionales y batallones. En 19 de noviembre recibió á una delegacion de Posen, á la cual dijo (5) que Francia no habia reconocido la desmembracion de Polonia, que él apreciaba á los polacos y deseaba el restablecimiento de su antiguo reino, pero que no podia prometerles la independendencia, pues ésta solo á ellos les era dado conseguirla, haciendo los sacerdotes, los nobles y los ciudadanos causa comun y purgando con la union lo que antes con el antagonismo habian pecado.

En 21 de noviembre publicó un decreto contra Inglaterra que fundaba en una guerra de nueva especie la ley constitutiva del imperio y su incipiente soberanía universal. Teniendo en cuenta que Inglaterra no reconocia los principios fundamentales del derecho de gentes marítimo aceptado por

(3) *Corresp.*, XIII, pág. 523.

(4) *Corresp.*, XIII, pág. 528.

(5) *Corresp.*, XIII, pág. 451.

todos los pueblos civilizados y que, por el contrario, aplicaba á comerciantes y mercaderes pacíficos, á buques mercantes, á los tripulantes y mercancias que en éstos se encontraban el derecho de guerra como si fueran enemigos armados, y que abusaba del derecho de bloqueo contra costas, puertos y ciudades francas de las desembocaduras de los rios, resolvía aplicar á Inglaterra la pena del talion y hacerle sentir el peso de su propia conducta, hasta que reconociera que el derecho de guerra por mar era el mismo que el de tierra, que no podia hacerse extensivo á la propiedad privada, fuese de la clase que fuera, ni á las personas ajenas á la milicia, y que el derecho de bloqueo debia limitarse á las plazas realmente cerradas por fuerzas suficientes. En su consecuencia, ordenaba el emperador:

1.º Las Islas Británicas quedan declaradas en estado de bloqueo.

2.º Queda prohibido todo comercio y toda correspondencia con las Islas Británicas. Por lo tanto, todas las cartas y todos los paquetes dirigidos á Inglaterra, ó á un inglés ó escritos en inglés, quedarán excluidos del servicio de correos y serán decomisados.

3.º Todo súbdito de Inglaterra, sean cuales fueren su categoría ó estado que sea cogido en los territorios ocupados por nuestros aliados, será declarado prisionero de guerra.

4.º Todos los almacenes, mercancias, propiedades de cualquier clase que sean pertenecientes á algun súbdito inglés, serán declarados buena presa.

5.º Queda prohibido todo comercio en géneros ingleses, y toda mercancia que pertenezca á Inglaterra ó proceda de sus fábricas ó de las de sus colonias, será declarada buena presa.

6.º La mitad del importe de la confiscacion de los citados géneros y objetos de propiedad será destinada á indemnizar á los comerciantes de las pérdidas que sufrieren por el apresamiento de sus buques mercantes hecho por los cruceros ingleses.

7.º No será admitido en puerto alguno ningun buque mercante que proceda directamente de Inglaterra ó de las colonias inglesas ó que haya estado en ellas con posterioridad á la publicacion de este decreto.

8.º Todo buque mercante que intente eludir esta disposicion por medio de una declaracion falsa, será apresado, quedando la embarcacion y el cargamento confiscados como si fueran de propiedad inglesa.

9.º Nuestro tribunal de presas de Paris decidirá en definitiva todas las cuestiones que acerca de la ejecucion de este decreto puedan suscitarse en nuestro imperio ó en los territorios ocupados por el ejército francés. Nuestro tribunal de presas de Milan resolverá las que se susciten en el territorio de nuestro reino de Italia.

10.º Este decreto será comunicado por nuestro ministro del Exterior á los reyes de España, Nápoles, Holanda y Etruria y á nuestros otros aliados, cuyos súbditos sean, como los nuestros, víctimas de la injusticia y de la barbarie del derecho marítimo inglés.

11.º Nuestros ministros del Exterior, de la Guerra, de Marina, de Hacienda y de Policía y nuestros directores superiores de correos quedan encargados, cada uno por lo que á su departamento se refiere, de la ejecucion de este decreto (1).

La energía con que Napoleon instigó, en aquellos mismos días de noviembre, por un lado á los turcos contra los rusos y por otro á los polacos contra los prusianos, demostraba que la negociacion de armisticio que por entonces entabló

con el infeliz rey de Prusia no tenia mas objeto que arrebatar á éste sus últimas fortalezas y enemistarle con el emperador de Rusia, último amigo que le quedaba. Convencido de esta verdad el rey, el 21 de noviembre, en Osterode, rechazó, contra los deseos de casi todos sus consejeros, el armisticio firmado en 6 del propio mes en Charlottenburgo, y esto con circunstancias que indujeron al consejero secreto de gabinete, Beyme, y al ministro de Hacienda, Stein, á persistir en la idea de la guerra y de la alianza con Rusia (2). El emperador Alejandro prometió formalmente auxilios militares. En efecto, en 16 de octubre mandó desde San Petersburgo al general Michelson que entrara en Moldavia con el ejército del Dniester, con lo cual, — á pesar de la declaracion de Michelson de que no se presentaba como enemigo sino simplemente para libertar amistosamente á la Puerta de la dominacion francesa, — inicióse de hecho una guerra turca que habia de traer consigo infinitas complicaciones. Esto no obstante, el czar manifestó que esta guerra occidental no le distraeria de la principal, es decir, de la que habia de hacer al lado de los prusianos, y que en prueba de ello enviaria inmediatamente 14,000 rusos contra los franceses (3).

Antes de que terminara el mes de noviembre, Napoleon trasladó su cuartel general á Posen, desde donde impulsó enérgicamente la sublevacion de los polacos del Sur de Prusia, sublevacion que comenzó en seguida con la marcha de los franceses á Varsovia. La nobleza polaca se agrupó á su alrededor, celebrando en honor suyo, en Posen, continuos festejos; las damas polacas le saludaron en correcto francés (4) y mientras en Varsovia se hacia un reclutamiento que habia de llevar á las armas 6,000 polacos, escribía Napoleon al sultan Selim que Prusia habia dejado de existir, que los polacos prusianos y rusos estaban en plena sublevacion, que él se encontraba en el Vístula y que habia llegado para la Sublime Puerta el momento de arrojar á los hospodares rebeldes de Moldavia y de Valaquia, de presentarse á los amotinados serbios como dueño y libertar á Choczim de los rusos (5). Al emperador de Austria se le dijo astutamente que si hacia el sacrificio de la Galitzia para ayudar á la resurreccion de Polonia, podria apoderarse impunemente de una parte de la Silesia (6). Por medio de un boletín fechado en 1.º de diciembre, supo el mundo que la entrada de la caballería de Murat y del cuerpo de Davout en Varsovia habia sido verdaderamente triunfal, habiéndose recibido á los franceses con indescriptible júbilo. «El amor patrio y el sentimiento nacional no solo se han mantenido íntegros en el corazon del pueblo, sino que se han reforzado en la desgracia. Su principal pasion, su mas ardiente deseo es volver á ser nacion. Los nobles mas ricos vienen desde sus castillos para pedir en alta voz el restablecimiento de la nacion y ofrecer á este objeto sus hijos, sus bienes, su influencia. Este espectáculo es verdaderamente conmovedor. La gente ha adoptado de nuevo sus antiguos trajes, sus antiguas costumbres. ¿Se restablecerá el trono polaco y volverá esta gran nacion á recobrar su modo de ser y su independendencia? ¿Volverá á salir de las profundidades del sepulcro para renacer á nueva vida? Únicamente Dios, que tiene en sus manos el encadenamiento de todos los sucesos, puede resolver este problema.» Tal era la pregunta con que Napoleon adicionaba siempre sus alocuciones á los polacos y detrás de la cual se ocultaba un juego innoble y pérfido. Para atraérselos á su

(2) Hardenberg: *Memorias*, tomo V, págs. 398-402.

(3) Memoria de Goltz, de San Petersburgo; 6 de noviembre de 1806.

En Hardenberg, tomo V, pág. 228.

(4) *Corresp.*, XIV, pág. 2.

(5) *Corresp.*, XIV, págs. 4 y 5.

(6) *Corresp.*, XIV, pág. 5.

(1) *Corresp.*, XIII, págs. 355-357.